

CAPITULO XXIV

CALPULALPAN

I

El 20 de diciembre de 1859, despachaba el general Jesús González Ortega su correspondencia en el Hotel de Diligencias de Arroyo Zarco, cuando a las diez de la noche llegó un extraordinario, diciendo que Miramón, Márquez, Mejía y otros jefes de alta graduación, habían salido de México al frente de un ejército de diez mil hombres, y avanzaban al encuentro del ejército de la Reforma.

Inmediatamente el general en jefe hizo venir al Cuartel Maestre, general José Justo Alvarez, y al general Ignacio Zaragoza, y concertó con ellos los movimientos de las tropas y las posiciones que debían ocupar, eligiendo su campo para esperar al enemigo.

Desde esa hora comenzó un gran movimiento en los cuarteles, y el regocijo era grande al pensar que una batalla tendría lugar al día siguiente, decisiva para la revolución.

Hacia ocho días que el ejército liberal estaba en Arroyo Zarco esperando el giro de los acontecimientos, entregándose, día a día, al ejercicio de las maniobras en masa, a las órdenes del ilustre general Leandro Valle.

El espíritu de la tropa no podía ser mejor: eran los vencedores de Loma Alta, Peñuelas, Guadalajara y Silao, habiendo hecho morder el polvo a las huestes de Márquez en el Puente de Calderón; serie no interrumpida de triunfos, que enardecían el valor de los soldados de la Reforma.

El ejército liberal, fuerte en más de once mil hombres, dotado de artillería, dejando Arroyo Zarco, avanzó hasta el pueblo de San Miguel Calpulalpán, que se agrupa al pie de la sierra.

La estación del invierno estaba muy avanzada, no se encontraban víveres para tanta gente, y aun el agua era escásima.

El ejército no se desesperaba; por el contrario, sufría con gusto las privaciones y la temperatura; ansiaba librar el último combate contra los enemigos de la libertad y del progreso; estaba seguro del triunfo.

Las fuerzas reaccionarias que habían llegado el 21 de diciembre a Soyaniquilpán, avanzaron decididas y tomaron posición frente al enemigo.

González Ortega, dejando el parque y los bagajes en San Miguel Calpulalpán, hizo un movimiento de frente, y se extendió en línea de batalla frente al ejército de la reacción.

Cerró la noche sin que hubieran tenido lugar más que ligeros tiroteos y escaramuzas.

II

A las primeras horas de la mañana del 22 de diciembre de 1860, comenzó la batalla histórica de Calpulalpán.

Más de 60 piezas jugaban sobre el campo de la lucha.

Las fuerzas reaccionarias intentaron un movimiento de flanco, tratando de interponerse entre la derecha y el centro del ejército constitucionalista, cortando la línea de batalla; pero la maniobra se ejecutó con tanta desgracia y tan mal éxito, que las caballerías al mando del jefe Joaquín Miramón, que se arrojaron sobre las de González Ortega, fueron arrolladas y puestas en precipitada fuga.

Regresaron a su línea de combate, y sin poder contenerse, desordenaron el ala izquierda de su campo, que fué envuelta y cayó prisionera entre las valientes fuerzas de Zacatecas.

Miramón comprendió que estaba perdido, y para contener la desmoralización, avanzó con todo el frente y la derecha sobre la línea de batalla constitucionalista, y fué recibido al golpe de metralla y fuego de fusilería.

Comenzó a vacilar, retrocediendo al fin, acribillado por el fuego.

Entonces Miramón intentó el último recurso: como un llamamiento a su ejército, se dirigió a tomar la «Loma del Muerto», para flanquear al ejército enemigo.

González Ortega comprendió el movimiento y dirigió todo su ataque de artillería sobre aquel punto.

Ordenó que el grueso de la caballería ocupase inmediatamente la Loma, disputándosela al enemigo; pero un general suriano, triste despojo de pasadas luchas, no ejecutó la orden, y las columnas de Miramón avanzaban a toda prisa, ganando terreno y dominando la posición.

Entonces el pundonoroso general Benito Quijano, se puso al frente de las caballerías y desalojó valientemente a las columnas de la reacción.

En aquel momento entró el desorden más completo en el ejército de la reacción, declarándose la derrota.

No cesaba el fuego de la artillería; el ejército liberal ya incontenible, se arrojó sobre aquella masa humana, que se dispersaba por todas partes y por todos los caminos, y comenzó la persecución.

Un general Valle, reaccionario, intentó detener a los dispersos, y recibió un balazo en un ojo, expirando la noche de aquel día, en San Francisco Soyaniquilpán.

La artillería liberal, al mando del coronel Fernando Ponce, había funcionado majestuosamente.

Las infanterías habían dado muestra de una serenidad admirable, y a las caballerías se les debió mucho del triunfo.

Había sobre el campo mil doscientos heridos y otros tantos muertos.

Seis mil prisioneros, cuarenta cañones capturados, las ban-

deras de todos los cuerpos, multitud de carros y acémilas cargadas de parque y de bagajes, fueron el botín de aquella espléndida victoria.

Miramón y toda la crema del ejército reaccionario, salieron a escape del campo de batalla, ganando el camino de México por el rumbo de Tula.

En medio de las aclamaciones de aquellas fuerzas victoriosas, que saludaban los nombres de González Ortega, Zaragoza, Aramberry, Leandro Valle, Quijano y otros jefes, resonaban los toques de diana y las músicas militares.

El Himno Nacional se repetía por todas las bandas de todos los batallones.

En la orden del día, el general en jefe felicitaba, en nombre de la patria, al ejército y a sus jefes, por su brillante comportamiento.

Sólo una nota discordante hubo en la orden general: «El general M. queda dado de baja, como indigno de pertenecer al ejército nacional, por delito de cobardía al frente del enemigo.»

Castigo y afrenta bien merecidos, en presencia del ejército victorioso.

III

En aquella jornada se distinguieron dos jóvenes, ayudantes del general González Ortega, que en medio de la tormenta de fuego, cruzaban en todas direcciones, transmitiendo con toda prontitud y oportunidad las órdenes del general en jefe.

Desde que el general Ortega se lanzó a la arena de la revolución, lo acompañaron con igual valor en el revuelto campo de los combates.

Han prestado grandes servicios a la patria y a la libertad, y disfrutaban actualmente la alta honra de ser generales en el ejército de la República.

Se llaman Jesús Lalanne y Manuel Loera.

La noticia de la victoria la comunicó Lalanne en nombre del general en jefe, a todos los gobernadores de los Estados, y fué saludada por todo el pueblo de la República.

IV

Retrocedamos por unos momentos al campo de batalla.

Entre aquel huracán desencadenado de fuego y de matanza, los jóvenes estudiantes buscaban al general Altúnez, que venía con la división de caballería al mando de Joaquín Miramón.

Fuera casi de línea, venía un jefe a escape, seguido de cerca por un oficial que lo venía tocando con su espada.

«Juan Gallinazo» y el fronterizo salieron al frente del fugitivo.

— ¡Es Altúnez! — gritó Pedro.

— ¡El matador de Manuel! — rugió «Juan Gallinazo».

Simultáneamente se arrojaron sobre él.

Juan levantó su machete suriano, y con una fuerza terrible, lo descargó sobre la cabeza de Altúnez.

El general cayó del caballo con el cráneo partido y un ojo saltado de la órbita.

Entonces Pablo, que lo venía persiguiendo, lo trilló a su antojo con las pezuñas de su caballo.

— ¡Venganza! — gritaba «Juan Gallinazo», y le hundía cien veces la espada en el corazón.

— ¡Venganza! — repetían Pablo y el fronterizo, y le acribillaban el pecho a cuchilladas.

Ya toda la forma había desaparecido: quedaba una masa de carne y de sangre y de cabellos, horrible.

— ¡Manuel! ¡Ya estás vengado! — gritó «Juan Gallinazo».

Entraron después al combate.

Una bala de cañón pasó rugiendo, como el aliento del infierno, y arrebató del cuerpo la cabeza de Pedro el fronterizo.

Quedó unos instantes el tronco fijo en el caballo y después se derrumbó entre una catarata de sangre.

El caballo echó a correr, arrastrando el cuerpo sin cabeza del fronterizo.

— ¡Maldición! — gritó «Juan Gallinazo» — ¡Muerto! ¡Muerto!... ¿Para qué quiero la victoria?

Sollozando de dolor, decía: «¡Ya todos han desaparecido, todos mis hermanos!... ¡Quedo yo, yo nada más, solo, sobre este campo de sangre y de exterminio!»

Corrió sus espuelas por los ijares espumosos de su caballo y se perdió entre las nubes de humo y de polvo de la batalla.

— ¡Juan! ¡Juan! — le gritaba una mujer, que venía en su busca a todo escape.

Le pareció que aquel timbre resonaba en su corazón.

Detuvo el caballo, que tropezó con el de la mujer.

— ¿Quién es? ¿Quién me llama? ¿Qué me quieren?

— ¡Soy Isabel, que llena de espanto he venido en pos de ti!

— ¡Yo no conozco a nadie; el infierno sacude sus llamas en mi corazón!

— ¡Vuelve en ti; soy yo, yo, que te llevo en mi alma!

— ¡Isabel! — gritó «Juan Gallinazo» — ¡Todos, todos han muerto!

Y se desplomó en el seno de aquella mujer querida, en el abrazo eterno de la existencia.

V

Luego que se supo en México la certeza de la derrota, se extendió un pánico horrible, porque la conciencia de los culpables los acusaba de los horrendos crímenes, y veían cerca el momento de la expiación.

El Presidente comunicó al Cuerpo diplomático que iba a abandonar la ciudad.

Reuniéronse los ministros extranjeros, que a excepción del español, todos habían interrumpido sus relaciones con el Gobierno reaccionario, y nombraron entre ellos una comisión que se acercara al vencedor para pedirle garantías.

Miramón se ocultó, y Márquez y Zuloaga salieron con mil quinientos soldados, que a poco andar se les pronunciaron, dejando a esos desgraciados, ya en calidad de bandidos, en lo intrincado de las montañas.

El general González Ortega, se adelantó hasta Tepeji del Río, llevando solamente a su Cuartel Maestre, general José Justo Alvarez.

Ambos concertaban un movimiento de concentración de fuerzas para el caso en que Miramón ensayase una defensa, que diera por resultado una circunvalación precisa a la capital de la República.

El general González Ortega se hospedaba en la Casa de Diligencias.

Serían las once de la noche del 23 de diciembre, cuando llegó un carruaje, sabiéndose que una comisión de México buscaba al general en jefe.

Se difundió la noticia de la llegada de Pacheco, ministro español, y desde luego, hubo una alarma y un sentimiento de disgusto en todo el ejército; porque no se quería nada de ajustes, sino una rendición sin condiciones.

Quedaron en la pieza de recepción, el general en jefe, el Cuartel Maestre, y los comisionados, que eran: Pacheco, ministro español; Mathews, ministro inglés; Mac-Magnus, ministro de Prusia, y el general Ayestarán, jefe del Estado Mayor de Miramón, todos acompañados del general Berriozábal, que venía como testimonio de seguridad, sin traer otra misión.

Pacheco, el célebre adalid de la reacción española, instrumento en México del partido ultraclerical, con esa petulancia embustera que lo significaba, dijo al general en jefe:

—La alarma, señor general, es inmensa, indescriptible, en la ciudad de México. Se espera allí que las fuerzas liberales cometan desórdenes sin cuento. En nombre de la civilización y de los intereses europeos, señor general, conjuro a usted para que detenga la marcha de sus fuerzas sobre la capital, mientras allá se acuerda el modo de poner a cubierto de un golpe de mano, los grandes intereses de las colonias europeas.

González Ortega estaba indignado.

El general Alvarez había palidecido de coraje.

—He tenido—dijo González Ortega—la paciencia suficiente para escuchar las palabras de usted, señor Pacheco, en quien no reconozco carácter alguno, porque usted es un ministro acreditado cerca de una facción rebelde, que se había posesionado de México, sin que por un momento haya des-

aparecido el Gobierno legítimo de la nación, como pudo usted verlo en Veracruz.

—Permítame usted, señor general: ésas son otras cuestiones, que no son las del momento; por ahora se trata de salvar una situación.

—Que no está comprometida; al menos, por mi parte, señor Pacheco, y me extraña este aparato, en el que sólo percibo buscar un paliativo a un descarrilamiento diplomático, apareciendo como mediador en estas circunstancias.

Los ministros de Prusia e Inglaterra, dijeron que ellos no traían misión alguna; que por deferencia habían acompañado a Pacheco.

—Señores ministros—dijo el general—, las colonias extranjeras nada tienen que temer; yo no detendré el paso de mi ejército ante ninguna consideración. Este ejército, señor Pacheco, mal que pese a sus deturpadores, va a dar al mundo entero el espectáculo de la moralidad y de la disciplina más estrictas, que van a contrastar con el desenfreno de las chusmas reaccionarias y de esos hombres que, pasando sobre la bandera británica, han saqueado las arcas de las Convenciones públicamente y comprometido el decoro de la nación.

—Yo decía..

—No diga usted nada, señor Pacheco; el ejército triunfante de la Reforma, no detendrá su marcha sobre la ciudad, donde esas colonias extranjeras, que usted supone alarmadas, lo recibirán con los brazos abiertos, como el restaurador de las garantías y del orden constitucional.

Pacheco quedó mudo y confuso.

Los ministros dijeron que después de las palabras del general en jefe, creían que ni las colonias extranjeras, ni la ciudad, tenían nada que temer.

A la madrugada del día siguiente, la comisión salió para México, donde ya no encontró al general Miramón.

Una comisión del Ayuntamiento, entregó al general Berriozábal, el gobierno de la ciudad.

Luego que terminó la conferencia, entraron Jesús Lalanne, Manuel Loera y el doctor Ramón Fernández, que llenos de inquietud habían estado en espera del desenlace, y felicitaron a aquel grande hombre, por su energía y por su patriotismo.

Al día siguiente, Aureliano Rivera y Antonio Carabajal, los supremos guerrilleros, entraron a México entre el aplauso y la inmensa gritería del pueblo.

CAPITULO XXV

EL DESTINO

I

Las guerrillas liberales ocuparon la capital, presenciando las últimas convulsiones agónicas de aquel partido, que durante dos años había asaltado el Poder, gracias a la defección de Comonfort, y a la traición de Zuloaga, y de la mayor parte del ejército regular.

En vano habían intentado los ministros y las eminencias conservadoras, ocultar a la población el desastre de Calpulalpán, donde quedó destruído el ejército reaccionario.

En las primeras horas de la mañana del 23 de diciembre se sintió ya en la ciudad esa agitación sorda, esa inquietud pavorosa que precede a las grandes catástrofes.

Miramón había sido el correo portador de su propia derrota; primer disperso de su ejército, en parte disperso y en parte prisionero, llegó a México en las últimas horas de la noche anterior, y en una carrera tan desenfrenada, que en las puertas de la garita de Vallejo el caballo que montaba cayó reventado; montó el de uno de los dos ayudantes que lo acompañaban; se hizo abrir las trancas del portazgo, y penetró a la ciudad, muda, desierta y oscura, porque el alumbrado público se había extinguido ya.

Al amanecer fueron despertados los ministros, quienes azorados y convulsos de terror, se precipitaron a la casa de Miramón, quien los recibió con su insolencia habitual, exacerbada por el despecho.

Brutalmente les comunicó que no tenía tropas ni recursos con que combatir, y que había llegado la hora de que cada uno tomara el camino que le conviniera, porque el Gobierno del Plan de Tacubaya, tocaba a su última hora.

Aquellos viejos cuyas canas manchaba la sangre que se había derramado en veinticuatro meses de guerra civil, salieron precipitados a preparar su fuga o su escondite.

Entonces se notó en las calles un movimiento inusitado de carros y portadores, que hacían violentas mudanzas, y por todas partes se veían parihuelas con muebles lujosos, camas y colchones que se transportaban de un domicilio a otro.

Era la transmigración de la casta sacerdotal y aristocrática, que sintiendo en su conciencia las palpitaciones de sus crímenes políticos, se ocultaba temiendo las venganzas del partido nacional, que vendría a tomarle cuenta de los atentados cometidos por las dictaduras del ex tallador de las casas de juego, y del joven Macabeo, que había concluído su dominación sacando la plata y el oro de los templos, y robando a la Legación inglesa.

Es que aquellas gentes creían las calumnias que la Prensa conservadora había vertido, día a día, contra las fuerzas liberales, llamándolas hordas de bandidos y latro-facciosos; y los ricos, y los frailes, y las monjas, temblaban como si esperaran la llegada de las huestes bárbaras de Atila.

Los periódicos católicos, el «Omnibus», sobre todo, redactado por don Vicente Segura Argüelles, habían alimentado ese odio contra el partido democrático, y al representar a éste como la encarnación del más furioso jacobinismo, tendieron una niebla de terror sobre la capital, haciendo creer que ésta sería entregada al incendio y al saqueo por los blusas rojas.

Vicente Segura fué el fundador de esa Prensa católica, procaz y envenenada, que no era conocida en épocas anteriores.

Era Segura el alma de la Prensa clerical, el único periodista de combate que se destacaba en el partido conservador, tan pobre de inteligencias y tan carente de literatos.

He aquí por qué fué Segura el confidente del ministerio reaccionario, que lo llenaba de condecoraciones, y que había hecho de su periódico la válvula por donde se desahogaban los odios y los rencores de aquella masa de beatos y de ambiciosos.

Era tal la audacia de Segura que, estando acampado en Tacubaya Degollado, cuando éste por la inferioridad de su pequeño ejército nada de serio podía intentar contra la capital, el periódico de aquel escritor, rebosando ira y desprecio, ofrecía remitir al general republicano, cajones llenos de enaguas para que vistiera con traje de mujer a sus soldados.

Así llegó Segura a saturarse de las pasiones virulentas que informaban su diario, y aquella septicemia política lo llevó al delirio, al frenesí.

El despecho, al ver su partido muerto para siempre; la aprensión que sentía, comprendiendo que él tenía que ser el pararrayo de las venganzas populares, que había provocado, y la rabia de verse impotente para luchar, lo enloquecieron hasta el más impulsivo furor.

Segura fué uno de los primeros que supieron la derrota de Calpulalpán: el guardagarita de Vallejo, que recibió en la madrugada a Miramón fugitivo, lo comunicó en el acto a un empleado de la Aduana, cuyo hermano tenía amistad íntima con la familia Segura, y éste se precipitó a participarlo a Segura, a la casa que habitaba en la calle del Seminario.

El periodista se lanzó a la casa de Miramón, donde vió, desesperado, que éste, después de procurar un nuevo alojamiento para su familia, preparaba su fuga, juntamente con su hermano Joaquín, el que más tarde había de ser fusilado en Tepetates, y con su ministro de Hacienda, Isidro Díaz.

Miramón, al ver el estado de demencia en que había caído Segura, le ofreció llevarlo consigo hasta la costa, donde se

embarcarían, prometiéndole que antes de su marcha lo mandaría llamar.

Ya algo tranquilo, Segura fué a prepararse, vistiendo un traje de camino; pero Miramón y sus dos compañeros, más el coronel Rodríguez, que iba a servirle de guía, desaparecieron sin volver a ocuparse de Segura.

Entonces el padre de éste lo escondió en su casa, en Minería; y su hermano, don Francisco, para disfrazarlo más, lo rasuró tan completamente, que quedó inconocible aun para los miembros de su familia.

En estas angustias e inquietudes pasó el día y la noche del 23, y a las dos de la mañana del 24, Segura, sacudido por terribles presentimientos, temiendo que lo buscaran en la casa de su padre, se trasladó al callejón de la Condesa, a la casa de su hermana, donde permaneció todo el día.

En la tarde llegó en pos de él su primo Daza Argüelles, a quien no le abrieron el portón de la casa hasta reconocerlo; y Daza tampoco conoció a Segura al verlo, por lo desfigurado que estaba sin la barba y el bigote que usaba tan crecidos.

Después de comunicarse los dos primos las noticias más palpitantes del día, Daza dijo a Segura:

—¿Y tú, qué piensas hacer? ¿Te crees seguro en esta casa tan conocida y que indudablemente será cateada?

—No—contestó Segura—, aquí estoy de tránsito. Un amigo procura en estos momentos que me den alojamiento en la Legación francesa, que los «puros» no se atreverán a allanar. Tú sabes que el ministro francés tiene grandes compromisos con el partido conservador.

—Sin embargo, no te aceptarán, porque hay allí muchos alojados y todos son de alta categoría. Sería más prudente que te pasaras a la casa del padre Servín, que por humilde es desconocida, y a donde nadie sospechará que estás. Si admities, yo te presentaré allí esta noche.

—Pues acepto, si no me reciben en la Legación; oportunamente te avisaré.

Y Daza Argüelles se despidió, sin saber que aquélla era la última vez que veía a su primo.

Quizá Segura no alcanzó a ocultarse en la casa del ministro francés, pues durante la noche del 24, acompañado de su hermano político, se dirigió al número 2 de la calle de la Alameda, donde habitaban sus primas, las señoras Argüelles.

Trabajo costó a ellas reconocerlo, hasta que al fin lo abrazaron y le ofrecieron franca hospitalidad. Y Segura la admitió, y cambió de traje con su cuñado, temiendo hacerse sospechoso con el vestido de charro que portaba, y que se puso González, dejando a Segura hasta su argelino.

Muy pocas horas durmió Segura, levantándose al amanecer; se dirigió primero a la azotehuela de la casa, y allí colocó una escalera de mano, para escaparse por la azotea, al

menor peligro que hubiera. Después se sentó tras la vidriera de uno de los balcones, y desde allí vió entrar las caballerías de Aureliano.

Un piquete de blusas se detuvo frente a la casa, y el oficial inclinándose en su caballo, habló algunas palabras con un hombre del pueblo.

Era el portero de la misma casa de Argüelles, que, desconociendo a Segura, creyó que era Lagarde, el tremendo jefe de policía, que se escondía allí, y lo denunciaba al oficial republicano.

Entonces éste, llamado Escalada, penetró al patio de la casa con algunos de sus soldados; desmontó, tomó su rifle, y se dirigió a la escalera. Una de las señoras Argüelles, Paz, gritó a Segura, al ver aquella invasión:

—¡Vicente, ahí vienen por ti! ¡Vete, vete!

Segura violentamente cruzó dos recámaras, tomó su pistola que había dejado sobre un buró, salió al corredor, tomó el pasillo de la azotehuela, y al pisar el primer escalón de la escalera de mano, se presentó el capitán Escalada empuñando el rifle.

Apenas vió Escalada el faldón del argelino, cuando, en vez de dirigirse a las piezas, tomó el pasillo del corredor, y, percibiendo claramente a Segura que intentaba fugarse por la azotea, y empuñando el rifle, le gritó:

—¡Alto! ¡Baje usted o le hago fuego!

E iba a apuntarle, cuando Paz abrazó fuertemente al oficial, estorbándole que hiciera fuego.

Pero Segura, loco de terror y rabia, sin pensar que podía herir a su prima, disparó su revólver sobre Escalada; éste recibió la bala en la frente y cayó muerto.

Acabó Segura de subir; corrió por la azotea, y se descolgó por una casa del callejón de Coajomulco, habitada por un señor Echenique. Tomó allí un sombrero que encontró a mano, y salió a la calle rápidamente.

Pero ciego de ira, loco acaso de terror, en vez de escapar por el callejón, donde nadie lo había visto, ni lo hubiera seguido, salió de nuevo a la calle de Corpus-Christi, cruzó la multitud que se había aglomerado a ver lo que pasaba, y empuñando la pistola se encaró a los blusas, que estaban indignados al saber la muerte de su oficial, y les gritó:

—¡Bandidos, no soy Lagarde! ¡Soy Vicente Segura Argüelles!

Y sin ser agredido, pues los blusas se quedaron sorprendidos al ver a aquel frenético, hizo fuego sobre ellos, hiriendo a dos soldados.

La indignación que causó en el pueblo aquel atentado fué espantosa; un hombre que desapareció después, se arrojó sobre Segura y le dió una puñalada en la espalda.

Cayó Segura mortalmente herido, mas todavía disparó el último tiro de su revólver sobre el blusa inmediato a él, ma-

tándolo en el acto. Segura arrojó una bocanada de sangre y expiró, quedando su cadáver tirado en la banquetta.

Los blusas se retiraron llevándose sus heridos y los cadáveres del oficial y del soldado.

Llegó al punto el rumor de lo acontecido, a un amigo de la familia Segura, quien se marchó violentamente al lugar del drama, y al ver el cadáver lo desconoció enteramente. Sin embargo, quiso recogerlo, y encontrando al general Feliciano Chavarría, que llegaba a la capital al frente de sus fuerzas, se aproximó a él dándole cuenta de lo ocurrido.

Chavarría, conocedor de la profunda excitación de las fuerzas contra los reaccionarios, para evitar que aquel oficioso amigo del periodista que tanto los había insultado, fuera atropellado, le contestó en voz alta:

— Si no conociera a usted, que es de los nuestros, lo fusilaba y lo colgaba de uno de esos árboles.

Después en voz baja aconsejó a aquel caballero que fuera a Palacio a dar parte al general Degollado. Mas éste, luego que supo la muerte de Segura, a caballo y acompañado de sus ayudantes, marchó al galope hacia la Alameda, a fin de evitar desórdenes. Allí mandó trasladar el cadáver a la iglesia de San Francisco, dando orden, después, de que se entregara a su familia. Esta allí lo inhumó después de identificarlo con suma laboriosidad, pues el rostro se había alterado completamente.

Algunos años después, ejecutada la exclaustación, el Gobierno ordenó se exhumaran los millares de cadáveres que los frailes por especulación habían sepultado clandestinamente en sus templos.

Entonces se encontraron los restos de Vicente Segura Argüelles en un nicho construido en el hueco del púlpito de la iglesia de San Francisco, debajo de la escalera. La lápida estaba disimulada por una capa de mezcla, blanqueada y pintada con el mismo color que el resto del templo. Los restos están depositados en una cripta del panteón de San Fernando.

Así murió el fundador de esa Prensa agresiva, mordaz e indecente que hoy insulta las instituciones a cuya sombra medra y progresa el clericalismo.

II

El 1.º de enero del 1861, hizo González Ortega su entrada triunfal, a la cabeza de un ejército de treinta mil hombres.

Las campanas repicaron, sin interrupción, durante veinticuatro horas.

La mayor parte de las fachadas estaban llenas de cortinas, y una lluvia constante de flores y de coronas regaba el camino por donde pasaba aquel heroico ejército, que durante cuatro años había luchado por la libertad.

Mexicanos y extranjeros, les tendían sus brazos y los aclamaban.

Al pasar González Ortega frente al Hotel Iturbide, vió a los generales Santos Degollado y Berriozábal en el balcón; se apeó del caballo y los esperó, haciéndoles señas de que bajasen.

Luego que vió a Degollado, se arrojó en sus brazos.

Los dos lloraban como unos niños.

— Aquí—dijo Ortega—, usted es el vencedor; porque es el primer hombre de la revolución; y usted, general Berriozábal, patriota sin mancha y soldado de la libertad. ¡Vengan a participar de esta victoria que hemos conquistado con la sangre del pueblo y de nuestro valiente ejército!

Aquella escena conmovedora, produjo un entusiasmo inmenso, indescriptible.

Ni un desorden se registró en la ciudad.

En seguida, entre las salvas de la artillería, entre los clamores populares y entre una espontánea manifestación nacional, se publicaron las LEYES DE REFORMA.

¡Aquel día fué el más grande para la Historia!

CAPITULO XXVI

FINAL DEL DRAMA

I

Anochece.

Los batallones seguían desfilando; las músicas militares paseaban por las calles; las campanas no cesaban de tocar, y el clamor de los vítores atronaba el cielo de México.

Luego que Pablo acuarteló a su batallón, se dirigió a la casa de la familia Rentería.

Penetró atrevido a la recámara de Eva.

La señora estaba sentada, con los brazos sobre el pecho y la mirada insistente y fija en su hija Eva, que, sentada frente al balcón, era presa del horrible ataque de «angina».

Su semblante pálido, se manchaba con una sombra azulada sobre sus labios, y otras violadas invadiendo sus mejillas.

Sus cabellos negros caían en desorden sobre su frente y flotaban en su hermoso cuello.

Carolina salió al encuentro de Pablo.

— Carolina, he cumplido mi palabra: Altúnez, el matador de Mario y de Manuel, ya no existe.

Carolina tendió la mano a Pablo, y le dijo en voz muy baja:

— Cumpliré mi promesa.

Eva volvió la vista, vió a Pablo, y velándose sus ojos con un llanto sin brillo, le hizo seña de que se acercase.

Pablo y Carolina se acercaron a los lados de aquella criatura. La luz pálida de la luna bañaba el rostro marmóreo de la moribunda.

La señora no reparaba en nada.

—¡Todos..., todos..., menos él!—dijo Eva, e inclinó la cabeza.

Se oía su difícil y agitada respiración.

—¡Animo, Eva; es necesario vivir!—dijo Pablo.

—No..., no puedo... ¡Vida... inútil!

—¡Esto es horrible!

—Allí..., allí está... Voy a reunirme con... Manuel—y señaló el cielo con su mano trémula.

Una bocanada de sangre, manchó su vestido.

Ya no pudo hablar... La agitación fué espantosa.

Con las manos puestas y crispadas sobre las cabezas de Pablo y Carolina, quiso levantarse y cayó desplomada, ¡como una flor que troncha el huracán!...

Carolina dió un grito espantoso de angustia, y sin poderse contener, se volvió a la señora y le dijo:

—¡Madre, aquí está tu obra!

La vieja dió un alarido espantoso, se desgarró el vestido, se mesó los cabellos, lanzó después una carcajada histérica y prolongada... ¡Había perdido la razón!

II

El 11 de enero de 1861, la misma fecha en que la reacción había enarbolado su estandarte victoriosamente en la Ciudadela, derrocando el Poder constitucional, el Benemérito de América hacía su entrada solemne en México, entre las ruidosas aclamaciones del pueblo, que encerraba el sentimiento unánime de la nación.

Entró en el pleno goce de la Magistratura Suprema, de cuyas altas cimas no descendería, sino para llegar con planta firme, entre los iris de la gloria, a las pavorosas regiones de la muerte.

FIN



INDICE

PARTE PRIMERA

La Reforma

	Págs.
CAP. I.—El último día.	5
» II.—Amoríos y calaveradas.	11
» III.—Benito Juárez.	22
» IV.—Los pintos.	29
» V.—El primer relámpago.	42
» VI.—Sigue la revuelta.	51
» VII A.—Sopla el huracán.	64
» VII B.—Adioses y ternezas.	79
» VIII.—Sobre la marcha.	91
» IX.—Duelos y quebrantos.	104
» X.—La tempestad arrecia.	114
» XI.—La madre y el hijo.	133
» XII.—El golpe de Estado.	140

PARTE SEGUNDA

La Guerra de Tres años

CAP. I.—Los fanatismos.	162
» II.—El desastre.	176
» III.—Sigue el desastre.	189
» IV.—¡Viva la Religión!	201
» V.—Una venganza.	211
» X.—Sobre la brecha.	227
» XI.—Los tigres.	239
» XII.—Amores y escaramuzas.	245
» XIII.—Golpe a golpe.	259
» XIV.—Arrecia el huracán.	272
» XV.—Carlos II el Hechizado.	285
» XVI.—Guerrilleros.	298
» XVII.—En vísperas de una batalla.	309
» XVIII.—El 11 de abril de 1859.	318
» XIX.—El genio.	332
» XX.—Clérigos y conservadores.	333
» XXI.—Antón Lizardo.	341
» XXII.—Un astro que se apaga.	349
» XXIII.—Las últimas batallas.	357
» XXIV.—Calpulalpán.	370
» XXV.—El destino.	376